

Verónica Boix
LA ESTRATEGIA
DE LA RANA

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

VERÓNICA BOIX
LA ESTRATEGIA DE LA RANA

TUSQUETS
EDITORES

Capítulo 1

La ducha no consigue llevarse del todo el amarillo rojizo adherido a mi piel. Froto. Las manchas se deslizan por el jabón y, de a poco, caen sobre el fondo blanco. Tengo que estar lista antes de que lleguen, pero no puedo quitar los ojos del remolino. Y la veo. Al principio, un rojo traslúcido busca escapar por el desagüe. Una flor en el centro; los pétalos se disuelven lento. Los bordes son labios a punto de una promesa. En los pliegues, expectativa. Flor o mujer. Miro más de cerca: el sexo de una mujer. Cierro la canilla y salgo de la bañera.

Demoro más de lo que había imaginado en arreglarme. Debería apurarme, lo sé. Están por llegar, ya no tengo tiempo. Empecé temprano, pero van a llegar al cumpleaños antes de que yo esté lista. Quiero estar impecable y festiva. La camisa blanca dice eso sin decir nada. Abrocho el último botón, y me llaman.

Me llaman el olor de los chizitos, el crujido de las bolsas, el mantel doblado sobre la mesa de madera,

ellas desde el cuarto buscando un zapato, la vinchita de princesa, las medias, varias pilas de platitos descartables, los globos inflados sobre el piso, las gaseosas en la heladera, los caramelos embolsados, la piñata, el queso, las pizzetas. El timbre.

El atril quedó en el medio del comedor. Les sirvo algo a las tías, que ya se acomodaron allí, y aprovecho el timbre para dejar el atril contra la pared del pasillo. Llego uno detrás de otro. Mamá aparece disfrazada de mimo. Es capaz de hacer cualquier cosa con tal de no tener que hablar con los invitados. No le gustan las reuniones de mucha gente. Tiene una sonrisa fija dibujada con labial, debajo está seria. Santiago me dijo que los rasgos son luces y sombras; esa fue su primera lección en el taller. Después me pidió que fuera irrespetuosa con las formas. Le busco un lugar a mamá junto a las tías.

¿Por qué hablan todos al mismo tiempo? ¿De qué hablan? Es un barullo que no me deja entrar. Del otro lado de esas voces, estoy en un cono de silencio. Miri aparece con la peluca fucsia y la cola de sirena. Se lleva a los más chiquitos al cuarto. No necesita cantar, los hace girar a su alrededor como pececitos. Jaz, en cambio, les lee a las amigas una lista de juegos que preparó para ellas. No se ponen de acuerdo. Tres se apartan y hacen una ronda. Cuchichean. La mejor amiga levanta un globo, lo golpea con la nariz —la que lo lleva sin manos y

sin tocar el piso hasta el fondo— y gana, dice. Salen todas corriendo a la galería. Despejo la mesa y aprovecho para poner las pizzetas en el horno. León conversa con su hermano. Mueve las manos. Le está explicando cómo hacer algo a la cruz. Extiende los brazos; imagino un costillar, un lechón, cualquier cosa; podría incluso cocinarme a mí como un animal doméstico. Vuelco un vaso de gaseosa sobre el mantel.

¿Alguien tiene fuego? Corro a la cocina a buscar fósforos y algunas cosas para la torta. En el apuro, siento que algo cede y se desprende: un botón. Escucho tac, pero no lo encuentro. La tela deja paso a la carne. No llega a verse el corpiño, solo la piel tirante. El aire inesperado, un escalofrío y el anuncio de lo cóncavo. Son luces y sombras. Todo son luces y sombras. Quiero dibujar esa redondez. El volumen como provocación. Evalúo las posibilidades: ir al cuarto a cambiarme o exponerme a la mirada, a los reproches, a León. Escucho que me llaman. Trato de no sentir la piel expuesta. Busco cosas en la cocina que se necesitan para la torta. Me llaman. Amagan el inicio del «Cumpleaños feliz».

La cabeza de León aparece, de golpe, colgando del marco de la puerta.

—¿Y? ¿Por qué tardás tanto? ¿Vas a salir así? Andá y ponete algo, querés. —Me señala el espacio que deja a la vista el botón.

Los chicos empiezan a cantar, y mamá les dice que esperen. León desaparece con un cuchillo entre las manos. No importa el botón, así está bien. A lo mejor espero que sea como ayer, en el taller. Tenía que hacer un ejercicio de autorretrato, cualquier parte del cuerpo, me dijo Santiago. Y desabroché dos botones de mi camisa. No sé por qué, sentí alivio. A veces me pasa eso: hago algo por impulso y siento que tengo más espacio en el pecho. No siempre funciona, es cierto, León puede tener razón, y yo no quiero admitirlo. Debería ir a cambiarme, no aparecer así delante de los demás. Así y todo, nada malo queda a la vista. Encuentro el encendedor, al fin, y en el apuro tiro el imán de la heladera, que sostiene las listas de comidas. No puede ser, justo ahora. No, no me molesta el lío, lo que de verdad me molesta es este orden premeditado de comidas, no sé, ocupa un espacio que prefiero tener disponible para pintar el mediterráneo en mi tela. Diez años con un calendario fijo de comidas. El mar podría ser el fondo de la tela. El mar es, siempre es, una inmensidad que me tranquiliza. Miro la puerta abierta y sé que tengo que ir. Me esperan. Puedo acomodar más tarde. León dijo que las listas iban a solucionarme la vida. Dijo que iba a recuperar tiempo. Las listas solucionaban todo. Ya no tendría que reprocharle que trajera su trabajo a casa, la falta de tiempo para mí, la tele en el cuarto. El ruido de la tele no va a dejar de moles-

tarme porque el miércoles coma albóndigas con puré.

Llega un silencio distinto desde el comedor.

—Lena, dale, te estamos esperando —dice mamá, no León, claro, a esta altura debe estar enojado.

—Elegís mal, planificá —me dice.

Y lo intento. Me apuro y llego antes de que Jaz sople las velitas. Alcanzo a decirle que pida tres deseos. Sopla, me abraza, y entro al olor de su cuello. Oler es tocarla por dentro. Su cara me dice que el tiempo, de alguna manera, está todo ahí. Diez años. ¿Puede ser que me den ganas de llorar? Qué pava. Si estuviera en el jardín, sola, lloraría pintando los jazmines que no son jazmines. Gracia me dijo que son gardenias. No sé de plantas. Reconozco el olor de todos los colores en el blanco de los pétalos. Me gusta el no tiempo de las plantas. Algo del silencio vegetal me acerca a mí y puedo pintar. Llorar ahora, una pavada.

Camino al baño, lo único que veo es el atril y la línea del hombro del dibujo levemente fuera de lugar. Santiago me dijo, no les presto atención a las proporciones. Debería hacerlo. Quisiera quedarme un rato y recuperar esa sensación del mar.

—¿Qué hace acá este mamotreto? ¿Y vos acá?
—León señala mi cuadro—. Anda, cambiate esa camisa. No podés andar así —dice con gesto que me

abarca entera y no espera que le responda, vuelve a la fiesta.

Llego a tiempo al comedor para verlo atender el celular. Sé antes de que lo diga, por la manera de dar órdenes al aire, sé que tiene que ir a un procedimiento. Otra vez. Los vasos sucios, los restos de la torta, la cara de Kitty multiplicada y abollada sobre la mesa. Voy a tener que juntar todo y lavar los platos esta noche. Sola. No quiero despertarme mañana y desayunar con olor a cerveza. Odio desayunar con la cocina sucia, el desorden no me importa, o que me importa es el olor de lo pasado queriendo arruinar lo que todavía no empezó.